

EL TERNERITO DE JERSEY

Por **HELENA WELCH**

DANIEL agachó la cabeza para protegerse del cortante viento norte que soplabá de frente en su camino de regreso de la escuela. Sabía que el viento, sumado a los grises nubarrones bajos, anunciaba nieve antes de la mañana. Esa noche había que encerrar a Jersey en el galpón.

Jersey era la vaquillona de pura raza lechera que el tío Guillermo le había regalado. "Puede tener el ternero en cualquier momento", había dicho el tío Guillermo esa mañana, a la hora del desayuno.



Daniel apenas podía esperar para verlo. "¡Tal vez Jersey tenga una sorpresa para mí hoy!" exclamó para sí.

Cuando Daniel llegó a la casa, encontró al tío Guillermo en el galpón poniéndole kerosén al farol. Estaba preocupado.

-Tendremos que postergar por ahora el ordeño. Jersey tuvo un ternero pero lo ha dejado en el campo. No lo trajo cuando volvió con el hato.

Daniel tragó el nudo que se le hizo en la garganta que amenazaba con ahogarlo.

-¿Crees que el ternero está muerto? -preguntó.

El tío Guillermo sacudió la cabeza.

-No. Si hubiera estado, Jersey no lo hubiera abandonado. El ternero está vivo y está bien. Ella lo ha escondido. Algunas vaquillonas hacen eso cuando tienen el primer ternero. Yo quería dejarla en el corral esta mañana, pero se me escabulló.

El tío Guillermo abrió la puerta del galpón mientras hablaba, y por ella penetró una ráfaga de viento helado, que le azotó el rostro a Daniel. Este sintió que se agrandaba el nudo que tenía en la garganta.

-¿Se congelará el ternero?

El tío Guillermo se apresuró a sacudir negativamente la cabeza.

-Eso ocurriría esta noche si no lo encontramos enseguida.

A Daniel ya no le importaba el viento frío. Ni siquiera pensaba en eso. Todo lo que lo preocupaba ahora era el ternero acurrucado en algún lugar en el campo.

-¿Dónde buscaremos primero? -le preguntó a su tío.

-En la hondonada. Porque como el tiempo es frío, Jersey habrá elegido el lugar más abrigado que haya podido encontrar. Después de que hayamos registrado la hondonada, buscaremos en el bosquecillo.

Ahora Daniel entendía por qué el tío Guillermo había traído el farol. El bosquecillo de robles estaba al final del campo de pastoreo como a dos kilómetros de distancia. La noche los sorprendería antes de que

ellos pudieran ir hasta ese lugar y volver, si es que tenían que hacerlo para buscar el ternero de Jersey.

-Podemos registrar la hondonada de paso hacia el montecito -sugirió el tío Guillermo-. Así ahorraremos tiempo. Pero yo no creo que lo encontraremos allí. El montecito es el lugar más probable.

El tío Guillermo tenía razón. Aunque los dos registraron detrás de cada promontorio y de cada arbusto, allí no habla señal alguna de ternero.

-Ahora vamos al montecito -indicó el tío Guillermo-. Y mejor que nos apresuremos. Noté que están cayendo algunos copos de nieve.

Daniel también los vio. De repente se detuvo e inclinó la cabeza. "Querido Jesús -susurró-, no permitas que la nieve nos impida encontrar al ternero de Jersey".

Cuando Daniel terminó su oración levantó la vista y vio un gesto de desaprobación en el rostro de su tío, quien lo estaba mirando.

-Mejor que no perdamos tiempo -dijo brevemente.

El tío Guillermo no creía en la oración. Tampoco creía en Jesús. Eso siempre había entristecido a Daniel y a su madre. Siempre habían rogado de que algo ocurriera para que su tío cambiara, pero hasta ese momento no se había producido ningún cambio.

De repente Daniel tropezó en el sendero. Se dio cuenta de que estaba oscureciendo. El tío Guillermo se detuvo para encender el farol. Mientras lo hizo grandes copos de nieve giraron en torno al tubo amarillo.

Antes de mucho los copos de nieve caían abundantemente contra el rostro de Daniel. El sendero se cubrió de nieve. Y lo mismo ocurrió con la espalda y los hombros del tío Guillermo. De pronto Daniel se sintió aterrorizado.

-Tío Guillermo -exclamó-, ¿cómo podemos encontrar el ternero? ¡La nieve es tan espesa que apenas puedo ver el farol!

-Será un milagro respondió el tío en un tono de voz inexpresivo-. Ya estamos al borde del montecito, pero podemos pasar a pocas pulgadas del ternero, sin verlo.

-Quizás bale llamando a la madre -reflexionó Daniel.

-Pudiera ser -respondió el tío-. Pero no es muy probable que lo haga.

-¡Querido Jesús, te ruego que hagas balar al ternero! -oró Daniel tomando la delantera en el sendero. Había dado sólo unos pasos cuando tropezó y cayó pesadamente sobre un arbusto cubierto de nieve. Al lado había un montículo también cubierto de nieve. Daniel apoyó su mano derecha en el mismo para incorporarse y, éste cedió. Instantáneamente un sonido familiar llenó los oídos de Daniel. Era un balido suave, y un animalito se paró repentinamente y salió a la senda. Daniel lo capturó dando un grito de alegría.

-¡Este es el ternero de Jersey! ¡Oh, tío Guillermo, lo encontramos!

-Parece que si -respondió el tío Guillermo con un tono de voz un tanto extraño mientras asía el ternero que forcejeaba por deshacerse de Daniel-. Cuanto antes lo llevemos a su madre mejor.

-¡Es tan chiquito... y tan lindo! ... ¡de color manteca!

Después de poner a Jersey y al ternero en el galpón para que pasaran la noche, y de terminar de ordeñar, Daniel le contó a su madre lo que había ocurrido.

-El que Uds. encontraran el ternero de esta manera fue un milagro -dijo suavemente-. Debemos agradecer a Jesús por ello.

Daniel estuvo de acuerdo y los dos se arrodillaron para orar. De repente el tío Guillermo entró silenciosamente en el cuarto y se arrodilló también.

El corazón de Daniel casi estalló de gozo y gratitud e inclinándose hacia su madre le susurró al oído:

-¡Agradezcamos a Jesús por dos milagros!